

bro, al ver salir casi intacto al
y, con un rasguño superficial
argo, su madre estaba adentro,
i de una astilla que había pe-
as en su cerebro. No tenía los
la sangre derramada: era sim-
con el cabello gris, que soste-
lada una bolsa en su regazo,
gido cuando el carro saltó del

en ese mismo lugar, se estrelló
contra un árbol. En medio del
ontraron a un niño de nueve
fragmentos de cristales: estaba
ma de la muerte, que no pu-
res del bebé, que permanecie-
a los lados de su hijo.

ía un automóvil es el blanco
Si el volante resiste, en un
el hígado o el bazo, y le sobre-
interna; si el volante se quie-
e, porque instantáneamente la
n penetra en el abdomen.

siones se efectúan en las cur-
ita de la muerte, se halla en
on espacio suficiente para el
ilos a la vez, como los famo-
camino de Albany, en donde
ta 27 desgracias en el curso
tera ancha y recta despierta,
stas más precavidos, el deseo
al que va adelante. De pronto
contraria, otro vehículo que se
ad. Cuando llega lo inevitable,
un esfuerzo supremo para re-

cuperar la posición correcta, pero ya es demasiado
tarde: obligados a meterse en la cuneta, o a chocar
contra cualquier obstáculo, lanzan a los pasajeros
unos sobre otros.

Un individuo fue testigo de un espantoso acci-
dente, que describió como sigue: «Cinco coches
amontonados; 7 cadáveres en el lugar del choque;
2 personas que murieron al conducirlos al hospital
y otras 2 que fallecieron después». Todo esto lo
recordaba más vivamente de lo que él hubiera de-
seado y además recordaba el momento en que el doc-
tor se alejó rápidamente de un hombre muerto, para
atender a una mujer que tenía la espina rota; 3 per-
sonas empapadas en aceite, como cigarros mojados;
un hombre que caminaba, monologando, delirante,
sin fijar su atención en los muertos y en los agoni-
zantes ni notar siquiera el pedazo de acero que lle-
vaba encajado en una muñeca; una bella joven que
tenía abierta la frente, tratando en vano de arras-
trarse, con una cadera rota. Una hecatombe de esta
magnitud, es sólo una aportación numérica: siete
cuerpos están tan muertos como uno. Cada hombre,
mujer o niño destrozados, que formó parte de los
36,000 cadáveres recogidos durante el año pasado,
tuvo que pasar por el trance de la muerte individual.

Si un coche cae en un abismo dando tumbos de
costado, irá golpeando y destrozando a sus ocupan-
tes en cada pulgada de su recorrido, y podrá llegar
a enredarse de tal manera en un tronco de árbol,
que se necesite una lámpara de acetileno para sepa-
rar, una de otra, las defensas delantera y trasera. En
un caso de esta naturaleza, ocurrido hace poco, una
anciana iba en el asiento posterior del vehículo y
su hija en el delantero; y después del percance, ha-
llaron a la señora acostada sobre las rodillas de su